

Seguir a Jesucristo

«El cristianismo es expansivo y el cristiano ha de ser apóstol, llevar el testimonio de la fe», asegura Pedro Rodríguez Mariño, que firma esta columna de opinión en el diario de Jerez, en el que cita al prelado «del Opus Dei.

26/07/2017

**Diario de Jerez Seguir a Jesucristo
(Descarga en PDF)**

Era el día grande de la Navidad última. La mañana del 25 D. Fernando Ocariz se reunió en Cavabianca con los estudiantes en Roma para felicitarles las fiestas. Los recuerdos sobre monseñor Echevarría llenaron parte del encuentro, junto con villancicos y relatos de unos y otros. "Desearía también recordar -no nos cansemos nunca de traerle a la memoria- la última oración en voz alta del Padre: con la máscara de oxígeno casi no se entendía lo que decía, y D. Vicente le preguntó si estaba rezando. Y entonces afirmó: estoy rezando por la fidelidad de todas y de todos. De alguna manera, es el último mensaje que el Padre nos dio a todos: la fidelidad. Es fidelidad a este Niño, al Señor. Toda la fidelidad que se nos pide en la Obra es fidelidad a Jesucristo, a Dios. No estamos siguiendo un esquema, un modo de vida, unas ideas, sino al Señor. Es lo que nos ha enseñado nuestro Padre,

don Álvaro, el Padre, y lo que procuramos vivir dentro de nuestra pequeñez, cada día".

La fidelidad a Jesucristo es el tema por excelencia de la vida cristiana. Por eso nos llamamos cristianos, de Cristo, por eso la Iglesia es Iglesia de Cristo. Cristo es enviado del Padre, y el Padre y el Hijo nos envían al Espíritu Santo para santificarnos, para identificarnos con Cristo, para entender lo que nos ha revelado en su Evangelio, para vivir los Sacramentos que nos ha entregado, y para sacrificarnos con Él abrazando la cruz: "El que quiera venir en pos de mí coja la cruz de cada día y sígame". Éste es el cogollo de la vida cristiana, de donde inseparablemente vendrán los frutos; como Pentecostés en Jerusalén, después en Samaría, luego en Siria y más tarde, con san Pablo, el paso a Europa, Macedonia, Corinto... y luego Roma, y quizás Hispania.

Al final del primer milenio el mundo conocido era cristiano. No pretendo repasar aquí la historia de la Iglesia, pero sí me urge señalar que el cristianismo es expansivo, y el cristiano ha de ser apóstol, llevar consigo el testimonio de su fe y de su vida en Cristo, y propagarlo a su alrededor de manera inevitable, con caridad que arrastre. Si no hay apostolado es que no hay vida en Cristo, no hay identificación con Él, no hay fe en el Salvador del mundo.

No estamos en Navidad ni Pascua, que exaltan de modo particular la Santísima Humanidad de Cristo, pero Cristo siempre es el centro de la Historia, el centro del tiempo. Vivimos el tiempo de Cristo, anunciado desde Adán y Eva y por los profetas, encarnado por obra del Espíritu Santo, nacido de María, muerto y resucitado, sube a los cielos para interceder por nosotros, hasta el

fin de los tiempos: "Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo".

Qué pena que la cultura occidental, enraizada en el cristianismo y que alcanzó cierta culminación en el siglo XIII, en los tiempos modernos se haya desvanecido por falta de vigor de los cristianos, y, así, quedarse sin fundamento ni raíces.

Volvamos a monseñor Ocariz, ahora convertido en prelado del Opus Dei, y tercer sucesor de san Josemaría Escrivá. En su mensaje del 7 de julio, desde Portugal, entre otras cosas, decía: "Rezando en Fátima con todos vosotros, repasaba en la presencia de nuestra Madre del Cielo algunos de los retos de este mundo nuestro, tan complejo como apasionante. ¿Qué espera hoy el Señor de nosotros, los cristianos? Que salgamos al encuentro de las inquietudes y necesidades de las personas, para llevar a todos el Evangelio en su

pureza original y, a la vez, en su novedad radiante". Ésta es la respuesta que hemos de dar, y el camino que hemos de andar: el Evangelio en su pureza original y en su novedad radiante.

Así fue la respuesta de los primeros cristianos y la expansión que antes recordábamos, anclada en los apóstoles Pedro, Santiago, Pablo, Juan... Así surgieron esas líneas de fuerza de los peregrinos a Santiago, de romeros a la Ciudad Eterna, y de palmeros a los Santos Lugares. A la vez que brotaron santos y santas que con sus instituciones y fundaciones dieron satisfacción a las necesidades de los fieles de entonces y de siempre. En el campo de la formación desde parvularios a universidades. En la asistencia a los enfermos muchos y diversos hospitales. El cuidado y esplendor del culto suscitó el desarrollo de la construcción y de las artes plásticas y

ornamentales, el desarrollo de la música y de las bibliotecas. Es asombrosa también la atención a la población rural con la red de parroquias equipadas y atendidas. Podríamos decir que la cultura cristiana es un hermoso bosque interminable.

Se comprende bien que san Juan Pablo II, enamorado de Jesucristo, diese aquel grito de esperanza, que fue el acto europeo en Santiago de Compostela de noviembre de 1992, final de su recorrido apostólico por toda España.

"Yo, obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes".

Que completa más adelante:

"Sí Europa abre nuevamente sus puertas a Cristo y no tiene miedo de abrir a su poder salvífico los confines de los estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y el desarrollo, su futuro no estará dominado por la incertidumbre y el temor".

Sí, todo esto es la fuerza del Evangelio en su pureza original y en su novedad radiante. ¡Que Cristo nos transforme y que nos dejemos transformar!

Pedro Rodríguez Mariño

Diario de Jerez

dev.opusdei.org/es-es/article/seguir-a-jesucristo-fernando-ocariz-diario-jerez/
(08/08/2025)